

LAS FLORES

Comedia en tres actos

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2015 Paradimage Soluciones

INDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL	4
PERSONAJES	5
Acto primero	6
Acto segundo	48
Acto tercero	87

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Los hermanos **Serafín y Joaquín Álvarez Quintero**, nacidos en Sevilla (1871 y 1873 respectivamente), fueron unos destacados comediógrafos y dramaturgos españoles del siglo XIX. A pesar de que sus comedias eran apreciadas por la mayoría de su público fueron criticadas como piezas de poco valor literario (*Amores o Amoríos*, 1908 o *Malvaloca*, 1912). Entre sus mejores obras destacan: *Mariquilla Terremoto* (1930) y *el Genio Alegre* (1906)

Las Flores (1901) es una comedia ambientada en Sevilla a principios del S. XX que narra la historia de María Jesús y sus hijas y de sus amores y desamores con una pizca de humor característica de los Hermanos Quintero. Fue adaptada a televisión en 1963 por Gustavo Pérez Puig.

PERSONAJES

María Jesús

Consuelo

Rosa María

Ángeles

Charito

Juliana

Salud (niña)

Una chiquilla

Vicenta

Bernardo

Gabriel

El Abuelo

Juan Antonio

Barrena

Román

Romancillo

Manuel (niño)

Un mozo del huerto

ACTO PRIMERO

Huerto sevillano. A la derecha del actor, la puerta de entrada, abierta en una tapia rematada por caprichosas almenillas. En ángulo recto con ella, la vivienda de la gente del huerto, que es de un solo piso, y a la cual cubre un tejadillo en declive hacia el centro de la escena. De esta vivienda se ven dos fachadas: una lateral, de frente al público, y otra principal, de frente a la izquierda del escenario, y que se prolonga hasta el tercer término. En la fachada de frente al público hay una puerta y una ventana con reja, y entre ambas, un poyete. Orlando la puerta, una enredadera de campanillas blancas y azules. Sobre el poyete, un grupo de macetas de geranios en flor. Las paredes todas blancas, como las campanillas, y todas con zócalo azul, como las campanillas también. En la fachada principal hay una puerta y dos o tres ventanas sin reja, desiguales; y en los huecos, cubriendo materialmente la pared, las ramas de varios jazmines que se crían adheridos al muro. Delante de la puerta que da frente al público, un par de sillas bastas y muy viejas, y una mesa chica de pino. Por la izquierda del actor y por el fondo extiende el huerto su lozana verdura, que cruzan y dividen caprichosas veredas. Algunos melocotoneros y perales se yerguen sobre todo;

forma la parte más compacta y brillante del fondo un buen golpe de naranjos cuajados de azahar, y aquí y allí destácanse, cada cual con sus galas mejores, la magnolia, la celinda, el granado, la adelfa, los rosales y las malvalocas. Las lindes de algunas veredas las señalan y forman apretadas filas de macetas de reseda, geranios, verbenas, rosas y claveles. Cubriendo el huerto todo, el cielo alegre y limpio de la primavera. Es por la mañana.

(El abuelo está sentado a la puerta del huerto, con sombrero ancho y en mangas de camisa. Es un viejo de ochenta años, muy colorado y con el pelo blanco como la nieve. Un mozo del huerto canta allá dentro, hacia la izquierda.)

Mozo.

*A la flo de la violeta
regüerta con er jazmín,
A eso me güele tu cuerpo
Cuando te asercas a mí.*

(Aparece y cruza hacia la derecha del foro, por donde se va, con una regadera llena de agua.)

*Tiene mi serrana
La cara como una rosa,
Cuando despierta por la mañana.*

(Sale una chiquilla por la puerta principal de la casa y se encamina a la del huerto. Lleva la trenza suelta, y viste trajecillo de percal rosa y mantón claro de espuma, puesto en forma de chal.)

Chiquilla. Hasta er domingo y que no farte.

Abuelo. *(Deteniéndola.)* ¿Ande vas, chiquiya?

Chiquilla. A mi casa.

Abuelo. ¿Y de ande vienes?

Chiquilla. De encargarle a su hija de usté dos ramos pa un bautiso.

Abuelo. ¿Cómo le van a pone a la criatura?

Chiquilla. Anita Troncoso y Oliva.

Abuelo. ¿Te toca a ti argo?

Chiquilla. Sí, señó; si no peleo con mi novio, será mi cuñá.

Abuelo. Y tú, ¿cómo te yamas?

Chiquilla. ¿Yo? Isabé.

Abuelo. ¿Cuántos años tienes?

Chiquilla. Dose.

Abuelo. ¿Dose? Te fartan tres.

Chiquilla. Por más que ya se pue desí que tengo trese. Los cumpla en junio y estamos en mayo...

Abuelo. ¿Trese? Entonses no te fartan más que dos.

Chiquilla. Pero dos, ¿pa qué?

Abuelo. Pa tené quinse, tonta.

Chiquilla. (*Marchándose.*) ¡Ay, er viejo!

Abuelo. ¡Oye!

Chiquilla. Estoy sorda. Pregunta usté más que la dortrina.

Abuelo. (*Viéndola ir.*)

Capuyito, capuyito,

Ya te vas gorviendo rosa;

Ya te va yegando er tiempo

De desirte alguna cosa

Flores..., toas son flores...

La que no es jazmín es clavé;

La que no es clavé es asusena;

La que no es asusena es rosa;

La que no es rosa es campaniya...

Toas son flores...,

De ahí no hay quién me saque.

(Sale María Jesús de la casa, por la puerta de frente al público, con una cazuela de berza que partir y arreglar, y se sienta a ello. Es mujer de unos cincuenta y tantos años. Viste un traje de faena remendado y pobre, pero limpio.)

María Jesús. Diga ustedé, padre: ¿ustedé ha tomao un encargo que ha venío hase poco?

Abuelo. Yo, no: lo tomó Consuelo.

María Jesús. ¿Pa dónde era?

Abuelo. Me paese que era pa er convento de la Encarnasión..., o pa er convento der Socorro..., o pa er convento de... Güeno; pa un convento.

María Jesús. Pa este de aquí abajo sería.

Abuelo. Eso es, sí; pa este de aquí abajo.

María Jesús. ¿Y no ha venío nadie más?

Abuelo. Juaniyo er de la Plasa, por jazmines.

María Jesús. Ya podía paga lo que debe Juaniyo er de la Plasa. En comiendo eyos, que coma una o no coma les tiene sin cuidao.

Abuelo. No te quejes, mujé; que nunca se ha vendío en este güerto más que ahora.

María Jesús. Señá de que lo hay.

Abuelo. Como que cresen flores hasta en la arberca.

María Jesús. Su trabajo les ha costao a mis hijas.

Abuelo. Y a ti también, no ersageremos. Y no digo que a mí, porque no me gusta echarme piropos. *(Llega de la calle Juliana, comadre de María Jesús y mujer de sus años, en lo cual es en lo único que se*

parecen. Viste a lo popular, pero con cierto lujo y con mal gusto.)

María Jesús. *(Contrariada al verla.)* ¡Vaya! Ahora vamos a tené visita diaria.)

Juliana. Dios guarde a ustedes.

Abuelo. Venga usted con Dios. *(Pausa. Juliana se abanica.)*

Juliana. Media Seviya he correteo.

María Jesús. *(Pos no le digo que se siente.)* *(Nueva pausa.)*

Juliana. ¿Qué hay por aquí?

María Jesús. Lo de tos los días: mucha tranquilidad, mucho trabajo... y mu pocas ganas de conversasión. (Y menos con lagartonas como tú.)

Juliana. Yo voy a habla mu poco.

María Jesús. Yo no lo he dicho por ustedé.

Juliana. ¿Y las niñas?

María Jesús. Por ayá dentro andan.

Juliana. Les quería enseña un corte e blusa que le ha regalao su novio a mi Dolores...

Abuelo. *(Riéndose.)* ¡Su novio! ¡Pf...!) ¿Es de raso?

Juliana. Es de sea.

María Jesús. Pos no lo deslíe ustedé, comadre. No nos vayamos a enamorá de la sea. Ya sabe ustedé

que acá semos pobres, y no podemos vestarnos más que de percá.

Juliana. Comadre, no se eche usted por tierra, que yo no vengo a pedirle a usted dinero.

María Jesús. Ya me hago cargo. Usted tiene to lo que nesesita.

Juliana. Gracias a Dios, hija de mi arma. Nos cayó la veta, comadre. En güena hora lo diga, pero ni a mis hijas ni a mí nos farta ná

Abuelo. Eso cree usted, señora.

Juliana. Miste qué peina. Tómela usted en peso.

María Jesús. ¿Yo, pa qué?

Juliana. ¿No le gustaría a usted vérsela puesta a su Consueliyo?

María Jesús. Se engaña usted en más e la mita, comadre.

Juliana. ¿Es orguyo eso?

María Jesús. Eso es comodidá. Como pesa tanto, la que se la clava en er moño tiene que bajá la cabeza pa er suelo, y a mi Consueliyo y a toas mis niñas siempre las verá usted con la frente mu arta.

Abuelo. (¡Arsa con ésa, repulía!)

Juliana. (*Abanicándose, hecha una pólvora.*) ¿Sabe usted lo que le digo, comadre?

María Jesús. Comadre, usted dirá.

Juliana. Que habla usté mucho de la frente e las niñas, y que de tanto mirá pa er sielo se van a queá siegas, y que tiene usté toavía cuatro mositas, y que en este mundo cae luego ensima to lo que se mormura, y que no es menesté fartarle a nadie pa sé ca una como Dios la haya hecho..., y que en esta «pajolera» casa estoy yo cogiendo un mar de estómago.

María Jesús. *(Dejando la cazuela y levantándose, pero sin perder su tranquilidad y aplomo.)* Escuche usté, comadre: de nueve hijos que he tenía, ocho han sío mujeres. Una se me murió de seis años — ¡pobresita mía!—, angelitos ar sielo; dos se me han casao y no saben sus maríos dónde ponerlas, porque como son pobres, no tienen en la casa oratorio; otra está en el Hospitá cuidando enfermos —le dio por ahí, Dios la bendiga; no es por farta e cara, que la tiene presiosa—; y tocante a las cuatro que me quean a la vera toavía, ni las malas lenguas der barrio —y no lo digo por usté— han podido desí de eyas ni esto. Miste que es poco... Pos ni esto. Pa que se me venga usté a mí con peinas de való y con cortesitos e blusa.

Juliana. Conosía la historia.

María Jesús. Y me la sé ar dediyo, ¿no es verdá?

Juliana. Sólo que siempre se caya usté, no sé si por orvío o por convenencia, a la viuda de su hijo Migué, que me paese que también está en la familia.

María Jesús. *(Con sentimiento.)* En la familia está..., no pueo negarlo...

Juliana. ¡Je!

María Jesús. Pero no es de mi rama, no es de acá..., no es der Güerto e las Campaniyas. Mi pobre hijo —que por no desmentí la casta era mu güeno y mu honrao, pa que usté lo sepa— la cogió e la caye compadesío de su desgrasia..., y como había de salirle güena..., le salió na más que regulá... Por eso se murió er pobresito... Y por eso mi Consueliyo, que es leche con asuca, quitó der lao e la mala madre a las tres criaturitas que nasieron. ¿Quie usté que le diga argo más? Porque acá tenemos contestasión pa to lo que usté nos pregunte. Acá no sernos como otras que hay que tienen que tapa muchas picaúras.

Juliana. La encuentro a usté mu fantesiosa esta mañana.

María Jesús. Pos estoy lo mismo que siempre. *(Ángeles y Charito salen por la puerta principal de la casa en traje de calle. Ángeles viste hábito del Señor y mantón negro. Charito, traje claro de percal y mantón blanco. Ambas lo llevan puesto a modo de chal.)*

María Jesús. ¿Ande vais?

Ángeles. Güenos días, Juliana.

Charito. Güenos días.

Juliana. Vengan ustedes con Dios.

María Jesús. ¿Ande vais, niñas?

Charito. Yo, a compra un carrete y una jaula.

Ángeles. Y yo, por una vela pa las tormentas.

María Jesús. No tardarse, ¿eh?

Ángeles. Descuide usted, que venimos pronto.

Juliana. ¿Vais pa abajo?

María Jesús. No; van pa arriba.

Juliana. Le arvierto a usted que no me las voy a comer.

Charito. No nos dejaríamos nosotras.

Ángeles. Caya tú... Hasta luego, madre.

Charito. Hasta luego. *(Al ir a salir, llegan Juan Antonio y Vicenta y se detienen saludándolos. A Juan Antonio se le advierte que es sacristán a tiro de cañón. Vicenta es una criada de la iglesia en que Juan Antonio presta sus servicios. Trae una gran bandeja de mimbres para llevar flores.)*

Juan Antonio. La paz de Dios sea en esta santa casa.

Ángeles. ¡Juan Antonio!

Juan Antonio. Hola, niñas... María Jesús... Abuelo.., Juliana...

Abuelo. Güenos días, amigo.

María Jesús. Pensando en usted estaba yo hace poco.

Juan Antonio. Yo estoy pensando en ustedes a todas horas.

Charito. Usted es muy fino.

Juan Antonio. Ya saltó la chica. ¿Adónde va por ahí esta parejita de lirios tempranos? ¡Ah! *(Dirigiéndose a Ángeles, que lo turba visiblemente con sus ojos.)* El padre Santiago está muy enfadado con usted..., está muy enfadado con usted... Y también está muy enfadado con usted... Y también está muy enfadado con usted el padre Santiago... ¡Oh!, ¡qué cabeza! He querido decir..., el padre Santiago. *(María Jesús recoge la cazuela que antes sacó y se entra en la casa. A poco vuelve sin ella.)*

Charito. Pos no sale usted del padre Santiago en toda la mañana.

Juan Antonio. ¡Je! Qué mala es esta chica... (La mala es la otra, que me roba la voluntad.)

Ángeles. Dígame usted al padre que ya iré yo por ahí..., que ya verá cómo no me orvido... ¡Ah! Y muchísimas gracias por el agua bendita.

Juan Antonio. Calle usted, por Dios... El agua bendita... ¡Eso no vale nada!

Ángeles. ¿Qué está usted diciendo?

Juan Antonio. ¡Jesús!, ¡qué animal! El Señor me perdone... Quise decir que es el agua bendita la

que debe estar agradecida..., ya que usted va a mojar en ella sus..., sus... ¡Atiza!, ¡qué profanación! ¡No sé por dónde ando!...

Charito. Mira, vamos ya, si no quieres que se condene Juan Antonio.

Ángeles. Es verdá; que está desatinao esta mañana.

Juan Antonio. «Desatinasdo...» Vaya, Señor las «ascopañes»... (¡Adiós!, ¡ya empezaron a bailarme las eses!...)

Ángeles. Hasta luego.

Juan Antonio. «Hatas luesgo.» (¡Jesús!)

Charito. (Ar sacristán le gusta mi hermana más de la cuenta.)

Juan Antonio. (Si esa mujer se encierra en un claustro..., yo me voy a un desierto.)

María Jesús. (*Viendo ir a sus hijas.*) Místelas, comadre; da gloria verlas a las dos.

Juliana. A toas las madres nos parese lo mismo.

Juan Antonio. ¿Están mis flores, María Jesús?

María Jesús. ¿Se le ha fartao a usted acá alguna ve?

Juan Antonio. ¡Nunca! Si no es eso..., sino que tengo alguna prisilla...

María Jesús. Pos vamos pa ayá. (*Encamínase con Juan Antonio y Vicenta hacia el segundo término de la izquierda, por donde se van.*)

Juan Antonio. Ya sabe usted lo que sucede... Anda, Vicenta. Juan Antonio, la sacristía; Juan Antonio, el altar; Juan Antonio, las velas; Juan Antonio, los ramos; Juan Antonio, a tocar a misa... Y Juan Antonio no tiene más que un cuerpo. Pero los curas no se ponen en nada. Al fin, curas. ¿Qué estoy diciendo, santo Dios? El Señor me perdone.

Juliana. (*Estallando. Si es muda, revienta.*) ¡Pos no está mi comadre mu fastidiosa con sus niñas! ¡Jesús! ¡No paese sino que no hay más niñas güenas que las suyas! ¡Ave María!... ¡Este año, er premio a la virtud en los Juegos Florales!...

Abuelo. Y usté la reina de la fiesta.

Juliana. Otras habrá peores.

Abuelo. No digo que no; eso es cuestión de gusto... Usté toavía está en güena edá... y, retocándose un poquiyo pue dar er gorpe. ¿Por qué no se tapa usté la meya con un grano de arró?

Juliana. Porque así le hago más grasia a mi marío.

Abuelo. ¡Ah!, pero ¿usté está en la equivocación de que le hase grasia a su marío?

Juliana. Tanta grasia como mi marío me hase a mí.

Abuelo. Es que Barrera es mu grasioso.

Juliana. ¿Sí, verdá? No sabe é la que le espera por la última grasia.

Abuelo. Se lo figurará. Tiene fantesía.

Juliana. Dos días hase ya que no va por casa... ¡Er demonio er viejo!... por supuesto, que no va a sé de ferpa. Lo vi a poné hecho un higo. *(Aparece Barrera, que viene de la calle, con la pesadumbre pintada en el rostro. Al principio no ve a Juliana; pero no bien ha avanzado dos pasos huerto adentro, repara en ella, se le ponen los pelos de punta y al oír sus cariñosas palabras, echa a correr y no lo alcanza un galgo.)* Ér se cree que adelanta argo con retarda el encuentro... y lo que hase es da lugá a que a mí me crezcan las uñas... *(Viendo a su marido.)* ¡Granuja, ven acá! ¡A tiempo yegas!

Abuelo. ¡En seguía!

Juliana. ¡Sidoro! ¿Ve usted como juye? Er que juye, delito tiene... Pero no le vale... *(Echando a correr y yéndose detrás de Barrera.)* ¡Sidoro! ¡Grandísimo perro!... ¡Sidoro!...

Abuelo. Sí, sí... Ni con automóvil cogen a Sidoro.

Mozo. *(El mozo vuelve a cantar allá dentro, muy lejos.)*

¡Qué grandes fatigas!,

¡Qué grande doló!,

¡Qué punsaítas más lentas

Le dan a mi corasón!

(Viene Bernardo de la calle. Viste traje negro de americana y sombrero flexible.)

Bernardo. ¡Buenos días, abuelo!

Abuelo. *(Levantándose.)* ¡Don Bernardo!

Bernardo. No se mueva usted.

Abuelo. Si yevo sentao toa la mañana. ¿Cómo van esas murrias?

Bernardo. Como siempre. ¿Y por aquí, qué tal?

Abuelo. Tos güenos; muchas gracias.

Bernardo. A usted da gloria verlo. Me da usted envidia. Representa usted menos edad que yo.

Abuelo. Pos véngase usté a viví ar güerto con nosotros, y yo me encargo de ponerlo a usté como nuevo. Esto es una bendición, señorito. Miste, yo me levanto con er so; me asomo a la ventana e mi cuarto, hago asín... *(Respirando fuerte.)* y ya no me hase farta er desayuno. Los olores der güerto, metiéndose tos juntos pecho alante alimentan más que er pan de Arcalá.

Bernardo. *(Riéndose.)* Sí lo creo, sí... ¿Y María Jesús por dónde anda?

Abuelo. En el «escritorio» la tiene usté.

Bernardo. ¿Cómo en el «escritorio»?